

EL CRISTO AMABLE DE SAN JUAN DE ÁVILA

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Postuladora de la Causa del Doctorado de San Juan de Ávila

En mis años de estudiante en la Universidad de Valladolid, residía en el Colegio Mayor María de Molina y estaba dando los primeros pasos en la Institución Teresiana. Uno de mis recuerdos más firmes de entonces se relaciona con el Maestro Ávila. Cada año, al llegar la fiesta del Corpus Christi, solían decirnos con insistencia: antes de ir a la procesión, leed los escritos del —todavía— beato Juan de Ávila sobre la Eucaristía, y nos dejaban al alcance libros con las obras del Maestro. Yo no era muy aficionada a las procesiones, pero no prescindía, el Viernes Santo, de la del Santo Entierro, un verdadero festín de espíritu, de sentimiento y de arte.

En mayo o junio, cuando llegaba el Corpus, estábamos en plenos exámenes y una, que tendía a ser estudiosa, se planteaba si ir a la procesión o seguir con los libros. Recuerdo con toda precisión mi primer «discernimiento»: después de mucho pensarlo, y porque la incomodidad no me dejaba concentrarme, decidí leer al Maestro Ávila y participar después en la procesión que, además, pasaba cerca de casa. No podría precisar qué textos concretos cayeron en mis manos; sí puedo decir, y lo atribuyo a Juan de Ávila, que desde entonces cobró para mí nuevo y más profundo sentido la Eucaristía y que nunca —a no ser por causa mayor— he dejado de ir cada año a la procesión del Corpus, hasta ahora, viviendo con honda emoción el paso del Señor por las calles de nuestros pueblos y ciudades.

También entonces —y esto fue por propia iniciativa—, a raíz de un curso que nos dieron sobre la Sagrada Escritura, me propuse leer la Biblia completa, desde el principio hasta el final, un poco cada día. Tres años duró la experiencia. El hecho es que, por la sintonía que he descubierto después, a la vez que me compenetraba con la

Palabra de Dios, me aficioné al Santo Maestro y, aunque no lo leí demasiado, sí que me gustaba acompañarme de sus escritos sobre todo el Sábado Santo, contemplando la soledad de María. Me sabían a gloria los imaginados diálogos con que la Virgen confortaba a los amedrentados apóstoles.

Recuerdo también con toda claridad que disfruté mucho con su canonización, y me hacía gracia lo de «el beato san Juan de Ávila», con que algunos bromeaban. A mi no me había inquietado —y creo que ni había caído en la cuenta— que fuera «solo» beato; pero me alegré que Pablo VI lo declarara santo.

Después he tenido la fortuna de dedicar la mayor parte de mi vida profesional al estudio de los escritos de san Pedro Poveda. Pero antes, una oración suya, dirigida a Cristo crucificado, me fascinó desde aquella época de estudiante. Es esta:

«Dulcissime et pulcherrime Jesu, dulcis in extensione brachiorum sponsas tuas amplecti satagentium, dulcis in aperitione lateris, infinitae in eas charitatis thesauri, dulcis in confixione clavorum, dulcissime in inclinatione capitis easdem osculari desiderantis, sis eis gaudium, sis amor, sis quies aeterna. Benigne Jesu, humilis et pie Domine, suavis in ore, suavis in corde, suavis in aure, inscrutabiliter et inenarrabiliter amoene, absconde eas in te alium ipsae nisi te diligant sponsum, et fac ut in eam toto figaris corde, qui pro isdem totus es fixus in cruce».

Recibí una fortísima impresión cuando, ya hace años, leyendo el *Tratado del amor de Dios* de san Juan de Ávila, me sorprendió el siguiente texto:

«No solamente la cruz, mas la misma figura que en ella tienes, nos llama dulcemente a amor; la cabeza tienes inclinada, para oírnos y darnos besos de paz, con la cual convidas a los culpados, siendo tú el ofendido; los brazos tendidos, para abrazarnos; las manos agujereadas, para darnos tus bienes; el costado abierto, para recibirnos en tus entrañas; los pies enclavados, para esperarnos y para nunca te poder apartar de nosotros. De manera que mirándote, Señor, todo me convida a amor: el madero, la figura, el misterio, las heridas de tu cuerpo; y, sobre todo, el amor interior me da voces que te ame y que nunca te olvide de mi corazón»¹.

¹ SAN JUAN DE ÁVILA, *Obras completas*, o.c., III, 970-971.

San Pedro Poveda escribió su oración en latín y en ella eleva el amor a términos esponsales, pero ¿cómo no reconocer la evidente inspiración avilista? Poveda no suele acumular citas en sus escritos, a no ser de la Sagrada Escritura, y, aun en este caso, son muchas más las alusiones implícitas. Lo mismo le sucede con los Padres de la Iglesia o con los mejores autores de teología, espiritualidad o literatura. Es lo que suele ocurrir cuando se ha asimilado a un autor: más que citarlo, se hace propio y se recrea. Así sus referencias al Maestro Ávila, cuyos tratados y sermones, sobre todo, alimentan un buen número de escritos povedados.

Pero no solo esto. Teniendo en mis manos la versión castellana de la *Sagrada Biblia*, traducida de la Vulgata latina por el P. Scío de San Miguel, de seis tomos en cuarto mayor, que desde comienzos del siglo XX usó san Pedro Poveda, observé que en el amplio prólogo que posee esta obra había acotado varios fragmentos. Él no solía subrayar los libros, pero en muy contadas ocasiones —lo cual da relevancia al hecho—, cuando quería destacar un texto, trazaba una línea vertical en el margen que abarcaba los renglones o el párrafo preciso. Este era el caso. Y uno de los textos señalados en la aludida Introducción se refería al uso de la Biblia por todos, también por las mujeres:

«San Gregorio Papa, escribiendo a dos ilustres hermanas, Antoniana y Bárbara, les dice: deseo que os aficionéis a la lectura de las Sagradas Escrituras, para que, cuando el Dios Todopoderoso os coloque en el estado conyugal, sepáis cómo debéis vivir, aprendáis a disponer y gobernar vuestra casa (lib. XI, epist. LXXVIII). El venerable maestro y Padre espiritual de muchos santos Juan de Ávila explicó la carta canónica de S. Juan a la condesa de Feria y a la marquesa de Priego en Zafra»².

Don Pedro Poveda lo cumplió a la perfección. Lo mismo que el Maestro Ávila. No solo él, sino cuantas personas entraron en su órbita no dejaron nunca de tener en sus manos, y en su corazón, la Palabra de Dios.

² LUIS DE GRANADA, *Vida del Maestro Ávila*, p.III, cap. IV. Señalé este dato en P. POVEDA, *Jesús, Maestro de oración* (BAC, 2001) 56s.

Prescindiendo de la Introducción, en los seis grandes tomos de su *Sagrada Biblia* solo hay otro texto señalado: los v.20-22 del salmo 68 (Vulgata), que dicen así:

«Tú sabes mi improprio y mi confusión y mi vergüenza. A tu vista están todos los que me atribulan: improprio aguardó mi corazón, y miseria. Y esperé que alguno se entristeciese conmigo y no lo hubo; que alguno me consolase y no lo hallé. Y me dieron hiel por comida; y en mi sed me dieron a beber vinagre».

Cuando san Pedro Poveda trazó la línea vertical que acota estos versículos, es imposible que imaginara que había de entregar su vida en martirio a causa de la fe. Pero conocía bien la amargura de la cruz, y por eso mismo había llegado a penetrar en lo más íntimo de su dulzura. Por esa sorprendente capacidad metafórica que tienen los místicos, en escritos tempranos había comparado las llagas del Crucificado a «los agujeros de la peña» de la esposa del Cantar de los Cantares, invitando a entrar en estos huecos, a la más íntima unión con Cristo doliente en un cálido tono sponsalicio³. El Cristo amable; la clave del amor que convierte en ternura el mayor dolor.

En 2001, cuando en la Conferencia Episcopal me pidieron iniciar y dirigir la Oficina para las Causas de los Santos, una de las primeras gestiones que me encomendaron fue enterarme en la Congregación de las Causas de los Santos de Roma cómo proseguir la Causa del Doctorado de San Juan de Ávila, iniciada más de dos décadas atrás. Fue mi primer contacto con esta Causa, de la que me informé con todo el detalle posible, y a la que desde entonces permanecí atenta. Lo que nunca hubiera podido imaginar es que en 2007 los obispos me pidieran a mí que fuera la postuladora. Asumí la postulación con cariño y con esfuerzo, confiando en la ayuda y orientación de don José Luis Moreno, experto en el Maestro Ávila. Pero al poco se lo llevó el Señor.

Aun contando con otros valiosísimos apoyos, como Mons. Esquerda Bifet, don Francisco Martín Hernández y don Saturnino López Santidrián, tuve que sumergirme de lleno en la vida y obra del

³ Cf. P. POVEDA, *La voz del Amado* (1909), edición facsímil: Archivo Histórico de la Institución Teresiana (Madrid 2009).

Santo Maestro. Han sido tres largos años de dedicación prácticamente exclusiva a esta tarea, en la que he contando, además, con la incondicional colaboración de las personas de la Oficina. Un trabajo intenso, con su cruz y con su profundísimo gozo. Una experiencia única, un extraordinario regalo, un sabroso aperitivo de un banquete sin fin. Porque entrar en una figura como Juan de Ávila ensancha el alma, abre horizontes insospechados y ayuda a gustar con más hondura la alegría de seguir al Señor.

Y sucedió lo que tampoco había imaginado: aun habiendo percibido anteriormente las evidentes conexiones entre Ávila y Poveda, conocer más a fondo a san Juan de Ávila me ha desvelado, con sorprendente nitidez, el sentido más profundo, más íntimo, más auténtico de muchos escritos del Fundador de la Institución Teresiana. No solo santa Teresa de Jesús. Porque él era un sacerdote diocesano. «Ahora comprendo; ahora entiendo», me he dicho a mí misma muchas veces. Yo, que creía conocer a fondo los escritos povedanos.

Lo que no me hubiera atrevido a elegir, lo que acepté prácticamente obligada, ha sido para mí uno de los mayores regalos del Señor. Ahora entiendo mejor la insistencia de ambos en la apremiante llamada a la santidad de todos los fieles; ahora me resulta más evidente la conexión del creador de colegios y de una universidad para la formación de jóvenes y sacerdotes, con el pedagogo de la vida cristiana, el siempre atento a la educación y la cultura. Ahora me explico con más claridad la confianza de los dos evangelizadores en las posibilidades de la mujer; en la específica aportación de los fieles laicos a la Iglesia y a la sociedad; en la necesidad de mejorar ambientes y realidades tocados, sí, por la gracia de Dios, pero, a la vez, necesitados de conversión.

«La alteza del oficio sacerdotal» del Maestro Ávila conecta perfectamente con el «soy sacerdote de Jesucristo» con que se identificó el Padre Poveda al ser detenido para conducirlo al martirio. Ambos se encuentran también en el frecuentísimo uso de la Sagrada Escritura, en destacar la primacía y relevancia del amor de Dios, en fomentar la atención al Espíritu Santo, en su cualificado cristocentrismo, en su sólida devoción mariana y en su pasión por la Iglesia, temas a los que los dos dedicaron sus mejores páginas.

No solo san Pedro Poveda. Muchos sacerdotes, muchos religiosos y religiosas, muchas asociaciones, muchos hombres y mujeres a lo largo de los siglos y a lo ancho de la geografía se han beneficiado de los raudales de espiritualidad que brotan de la vida y de los escritos del Maestro Ávila. Un manantial inagotable cuya agua, en este caso, siempre produce más sed.

Maestro Juan de Ávila